

El barrio de San Nicolás.
Plazas y plazoletas.
La cuesta hasta el alcázar.
Una cueva, una fuente, un manantial.
El despeñadero.
La muralla.
Los habitantes de la ciudad hacia la Romería de San Lorenzo.
El camino estrecho entre las peñas hasta la ermita.
Agua que corre y también agua que se destila.
Un huerto cercado.
Peñas con concavidades colmadas de lluvia.
Una hogaza redonda.
Oscuras y altas rocas a las puertas del espacio ciudadano.

Rincones y esperanzas

María Zambrano, de ser árbol, sería de hoja perenne, pues la actualidad de su pensamiento se plasma más allá de su contemporaneidad y trasciende el lugar en que se circunscribe lo coyuntural, dotando de este modo a su pensamiento de una dilatada longevidad de vida.

No se trata de redescubrir una autora perteneciente a nuestra tradición filosófica, sino de agotar sus conceptos de por sí insaturables. El abismo que todavía hoy nos separa de la grandeza de su pensamiento es un depósito de prejuicios hermenéuticos, de historias que todavía quedan por contar, de historias demasiado sabidas, omisiones reiteradas, y repetidas interpretaciones.

Nuestras ciudades se alzan como espacios inhabitables, como templos de catástrofe urbanística, de aire contaminado, y aguas impuras. Ciudades reales, ciudades físicas, que carecen de espacio para albergar lo sublime, espacio real de fronteras y muros de hormigón,

espacio en el que el pensar debe dirigirse hacia la aurora.

Los rincones de la ciudad son el prisma desde el que podemos observar la ciudad, es la crítica de la ciudad desde la ciudad, esperanza que anida en el corazón, palpitar más íntimo del ser, rincón de esperanza, rincón de oscura cavidad, recinto hermético, víscera, entraña, símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida. La metáfora del corazón se contrapone en María Zambrano a la de luz intelectual, a la que tradicionalmente se le otorga el estatuto ontológico de lo que constituye conocimiento, la metáfora del corazón es por parte de Zambrano, el logro de postular una forma de conocimiento, en función de definir una realidad inabarcable por la razón entendida según el canon occidental; este nuevo género de razón que parece susceptible de conducirnos hacia lo equívoco a causa de su imprecisión, pone en duda la diafanidad del conocimiento de nuestra tradición filosófica, adormecida entre opiáceos sermones sobre racionalidades impuestas, «la filosofía más pura se ha desenvuelto en el espacio trazado por una metáfora, la de la visión y la de la luz

intangibles»¹. El rincón permite construir la ciudad como espacio de pensamiento, y nos indica una posible alternativa ante la inhabilitabilidad de las ciudades actuales, denuncia la presunta esterilidad de pensamiento en las ciudades de hoy. El rincón aparece como punto microscópico desde el que podemos rendir cuentas a esta inhabilitabilidad que ya entonces la lectura de Zambrano nos ponía de manifiesto denunciando la fe decreciente que en ella depositamos.

El rincón es metafóricamente rincón de esperanza pero al mismo tiempo físicamente es el punto de inflexión entre lo que es ciudad y lo que deja de serlo, en palabras de Zambrano «ciudad es todo lo que tiene techo, y al tener techo, puerta. Un dintel y un techo, una habitación donde solamente su dueño y los suyos pueden entrar, por escaso abrigo que proporcione. Ya el hombre ha trazado un límite entre su vida y el universo, una frontera»². De este modo la ciudad se convierte en un espacio abierto y a la vez íntimo en el que podemos diferenciar un adentro y un afuera, podemos ubicar este cambio de viraje en un punto infinitamente pequeño, pero infinitamente vital, el punto de inflexión que permanece oculto en el límite entre la ciudad y la no ciudad. La esencial vitalidad que le otorgamos a este punto de inflexión, se concretiza en su generosidad, su nobleza es la nobleza del corazón, radica en este espacio vital que es un abrirse y no un cerrarse hacia sí mismo, éste es el sello de su generosidad, es lo que mejor que nadie expresa Zambrano como: *interioridad abierta, pasividad activa*.

Las fronteras de nuestra ciudad sustituyen los muros de cemento por poros a través de los cuales circula el transmitir humano, nuestra vital expresión, el corpus de todas nuestras manifestaciones, como si de una membrana

osmótica se tratara: «descubrir los poros de la realidad cuando ésta se nos muestra cerrada».³

En algunos casos la esperanza atiende a lo concreto, a la acción de una persona, en otros casos aparece separada como superior al plano factual de lo concreto, en este caso escapa a cualquier intento dialéctico por apresarla, a cualquier argumentación discursiva que pretenda retenerla, es un sustraerse de la vida, un profundizar en la temporalidad del tiempo mismo.

La supratemporalidad se entiende en Zambrano como instante único, como punto inextenso que contiene la extensión de la totalidad del tiempo en su fluir indefinido.

En este punto, en este instante único, toda contradicción queda neutralizada, eliminada, en este momento la historia y el tiempo no cuentan, la esperanza se ha transformado en sustancia de la vida.

La esperanza pura, dirá Zambrano, coexiste en occidente con la angustia por la muerte del alma y de la mente. Cuando la realidad se nos presenta en términos de esperanza, y por analogía cuando la ciudad se nos presenta en términos de esperanza, el hombre se dirige a la realidad que no es nunca neutra, sintiéndola como promesa, como una patria en la que es posible encontrarlo todo; entonces la esperanza es la vida misma, el fondo último, el sentido último de la vida se convierte en la trascendencia misma de la vida que incesantemente oscila manteniendo abierto al ser individual.

En el corazón respira sin agotarse la esperanza, todo sentimiento, toda acción, toda pasión y, en última instancia, toda verdad que el hombre intenta conocer, son recogidos en primer lugar por la esperanza.

Notas:

¹ «La metáfora del corazón» en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editoria, 1993; pp. 49-58.

² *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral; p. 107.

³ *Hacia un saber sobre el alma*

La esperanza se puede comprender atendiendo a todo aquello que no cesa nunca de respirar, en su propia debilitación y agonía, se sostiene gracias a la exasperación, es decir, se ubica en el ser abandonado a sí mismo, en el ser prisionero de una situación sin salida.

La situación sin salida será en Zambrano relativizada, lo que la define es el hecho de ser una situación en la que el tiempo ha cesado de contar. Toda situación en cuanto humana se convierte en relativa y se descubre a la luz de la esperanza. Cuando no existe la salida incluso la esperanza puede saltar al absoluto ya que es en lo negativo donde la esperanza encuentra su campo de acción. Cuando realmente o simbólicamente la vida nos falta es la tierra la que nos sostiene.

Zambrano recoge de Ortega la idea de laberinto, caverna, situación límite donde la vida humana se encuentra, la salida debe encontrarse en la vida misma, es decir en el tiempo, ésta es la salida liberadora. Este laberinto orteguiano es donde pasado, presente y futuro se enmarañan entre sí, donde el pasado cabalga sobre el presente e impide el futuro, bloqueando el flujo del tiempo. Abrir el tiempo es desviscerarlo, el sujeto que se encuentra en una situación sin salida, desviscera el tiempo, guiado por la esperanza, esta esperanza se alza como un puente que nos señala el camino. La esperanza es el puente que atraviesa la corriente del tiempo.

Puente entre pasividad y acción, entre aniquilación de la persona humana y la plena actualización de su finalidad, puente que está por encima del tiempo, de este tiempo que es un elemento natural en el hombre y a la vez constituye su amenaza pues el fluir del tiempo saca fuera la necesidad de lo eterno que anida en el hombre, el ansia de eternidad de vida, paradoja de unificación y dispersión.

En función de esta esperanza de la que venimos hablando se recoge el sentido de la historia ya que una historia sin esperanza resulta

innarrable. La esperanza crea la continuidad de la vida, aquello que le otorga el carácter de historia humana, y por lo tanto aquello que le permite ser explicada, que la hace susceptible de ser contada, todo aquello que se edifica se hace con la intencionalidad de que permanezca por encima del tiempo, construcción del puente de la historia humana, puente que se alza por encima del río del tiempo, la continuidad de la vida es su transformación en esperanza. Y se vive cuando se transmite alguna cosa.

Vivir humanamente es transmitir, ofrecer, al fin y al cabo mediar.

El puente es la vía que une, sin él no llegaríamos a ninguna parte, las arcadas del puente por las que el río circula abren paso a la esperanza.

Gracias a la esperanza el hombre puede realizar lo imposible que supone el caminar por encima del propio tumulto interior. Esperanza que es palabra no dicha, palabra reveladora que nace del sacrificio, que crece en el desierto y nos libera de la infinidad sin fin.

La relación del hombre con la realidad es una búsqueda de verdad guiada por la esperanza, la realidad no se muestra por entero, la realidad no es nunca neutra, es el hombre quien va a buscarla. La esperanza guía la sensibilidad para que encuentre en ella la verdad; es la transformación del destino fatal en realización llena de significado, transformación actualizadora de la llamada del fondo del corazón. Quien está privado de esperanza sufre las funciones vitales con angustia, un corazón sin esperanza se hace mudo y sordo, ahuyenta su llamada.

Los rincones de la ciudad, son también un modo de pensar la ciudad atendiendo a aquellos puntos que ejercen de horizonte, aquellos corazones que palpitan casi en el olvido tras los cuales empieza un nuevo orden de cosas.

En el artículo «Por qué se escribe» Zambrano ilustra la figura del escritor como

individuo que arranca de una soledad y aislamiento que le permiten crear, siempre y cuando este aislamiento sea un aislamiento comunicable. Expresándolo en sus propias palabras: Una soledad que necesita ser defendida que es lo mismo que necesitar de justificación. Escribir es retener las palabras.

Escritura que busca la reconciliación con las palabras, hombre que necesita reconciliarse con la ciudad. La ciudad es por tanto el espacio donde se ejecuta nuestra necesidad de mediación que por otro lado es indisociable del concepto de ciudad. Si intentamos comprender la ciudad zambraniana como espacio de pensamiento, «la Ciudad de mirada nocturna, que se hace a la par de lo visible, se hace una aurora que se recoge en su oscuridad paradójicamente saltando sobre una aporía, se abre y abre a su vez a imagen y semejanza una especie de circulación», se trata de un recorrido, un fluir por el círculo de la aurora que se muestra como un foco, que coincide exactamente con el horizonte.

Es una continua victoria que al fin se transmuta en derrota, y de esa derrota íntima humana, no de un hombre particular, sino del ser humano, nace la exigencia de escribir.

Existe una tensión o contraposición entre lo que Zambrano llama hablar y lo que llama escribir. Ambos actos describen trayectorias distintas, el escritor dirá Zambrano busca la gloria, esta gloria es una reconciliación con las palabras, pero en última instancia es una victoria del poder de comunicación, es la potencia de comunicación que acrecienta su humanidad.

Es el hecho de que en Zambrano todo concuerda y nada coincide lo que me permite plasmar el acto del escritor como el acto mayormente humano de la necesidad de la mediación.

Escribir es un acto solitario que surge del desierto como la esperanza, arranca del vacío y llega al espacio de lo comunicable.

La necesidad de la mediación podría comprenderse entonces como el esfuerzo por desentrañar el texto que existe en el hipertexto asumiendo por tanto el carácter infinito del texto pero al mismo tiempo la necesidad de elaborar la ciudad, una ciudad hipertextual, un horizonte en el que yo me muevo, en el que el hombre se mueve, se trataría de esculpir mi ciudad en el bloque de alabastro, la ciudad es un espacio, sus rincones son sus límites, sus corazones que palpitan. La ciudad como creación de pensamiento responde a la necesidad de transformación actualizadora, las fronteras de mi ciudad son su techo, su puerta, nuestro corazón, nuestra boca, nuestra corporeidad, ciudad real en mi imaginario ideal, creación de energía mediante la atención a lo concreto.

Se trata de una fenomenología que no deja cristalizar conceptos inertes, ésta es la trayectoria que describe el movimiento de la filosofía zambraniana; descender hacia lo oculto desentrañando el pensar a cada instante, creación de pensamiento fértil, deconstruyendo cada punto de la línea, dibujándola, desentrañándola, persistente deconstrucción del saber filosófico, en una voz que arranca del cuerpo y de la que todavía le queda mucho por escuchar a nuestra adormecida filosofía occidental. ¿Cuál será nuestra verdad, cuál nuestra manifestación?